

LA HIJA DEL PUEBLO

Autor: Ámbar

Categoría: Drama

Publicado el: 15/05/2016

Desarrapada, mugrienta, descalza. Su esquelético cuerpo, denunciaba a simple vista que casi no recibía alimentos. Sus grandes ojos de azabache daban una ligera sensación de estar frente a un profundo abismo inescrutable.

Deambulaba por las calles sin que nadie se fijase en su fantasmagórica figura. Las pocas veces que obtenía alimento, se escondía detrás de la vieja parroquia de piedra, única testigo, de la forma casi grotesca en que solía deborar, lo poco que le daba alguna mano caritativa .

Era un pueblo indolente, sumido en la miseria de sentimientos, en la ceguera espiritual y en la más absoluta desigualdad social. Era un pueblo dividido drásticamente entre la opulencia exagerada y la pobreza más deprimente. Compuesto por acaudaladas familias cafetaleras , propietarias de grandes extensiones de terrenos dedicados a este cultivo, en cuyas casas reinaba el lujo y esplendor típicos de estos terratenientes. Llamado por los pobres "El paraíso de los ricos" y en verdad así lo sentían sus propietarios.

La otra realidad, cruda y triste, estaba situada del otro lado, en los suburbios. Antagónicamente a lo descrito en el cuadro anterior. Viejas barracas dispuestas en hileras casi interminables. Construidas con tablas, hojas de zinc llenas de herrumbre y hasta planchas de cartón. Una larga calle polvorienta que parecía no tener fin y que daba la sensación de conducir a sus habitantes al mismísimo infierno. Formando parte de este caótico cuadro, podían verse decenas de chiquillos entre uno y diez años, en cuyos rostros se apreciaba una grave desnutrición, causada por una alimentación deficiente y la falta de asistencia médica.

Allí vivía Sara, "la hija del pueblo" como se la conocía en "EL PARAÍSO ". Sara tenía doce años y era huérfana. Su padre había trabajado para una de esas familias ricas del pueblo y hacía cinco años había muerto a causa de envenenamiento por los fungicidas que utilizaban para fumigar los cafetales. Su madre había muerto de tuberculosis un año atrás. ¡Los servicios médicos no están presentes en el presupuesto de los pobres!

Los vecinos, aunque hubiesen querido no podían hacerse cargo de la criatura, pues la mayoría apenas ganaba para subsistir, así que pocas veces podían sacrificar a sus hijos para ayudar a la pobre Sara, que dada las circunstancias, se escapaba del "infierno" para desentonar por las calles del "PARAÍSO" Allí, de cuando en cuando lograba coseguir, y a escondida de los patrones, algún trozo de pan y un vaso de leche que le daba, alguna de las criadas, que trabajan en las mansiones blancas.

Estas pobres y misericordiosas mujeres, arriesgaban su trabajo por dar un poco de lo que sobraba en las surtidas viandas de sus patrones, y más de una había sido sorprendida en sus actos de bondad, siendo amenazada por sus amas. En una de esas casas trabajaba Carmela, una joven de veinte años que había conocido a la madre de la niña y la había ayudado llevándole comida y medicinas durante su enfermedad. Aunque tenía que ayudar a su familia, siempre trataba de proveer lo indispensable para Sara y su madre.

Espérame detrás de la capilla todas las tardes a las cinco, te llevaré comida y cuando pueda te conseguiré algunos vestidos de las hijas de la patrona, a veces los dona a la iglesia, te apartaré algunos, son muy bonitos y finos le había dicho. El lunes a las cinco le llevó una pequeña bandeja con frutas y un poco de pan, también un vaso con leche. Le pareció verla más pálida que de costumbre. _Hoy no te veo muy bien_ el comentario de Carmela fue involuntariamente irónico. Sara nunca se había visto bien. ¡La desnutrición no tiene buena cara!. _Mañana te traeré un lindo vestido_ le dijo acariciando su demacrado rostro.

Martes, cinco de la tarde... Carmela llegó, traía una bolsa de color gris. Sara estaba allí esperando, sus ojos de azabache brillaban menos que el día anterior.

¡Mira Sara que vestido más hermoso! pruébatelo_ le ayudó a deshacerse del desteñido y viejo vestido que llevaba puesto y con gran ternura la ayudó a probarse el hermoso vestido que le había llevado. _sólo lo usó la niña Becky una vez por poco tiempo, para su primera comunión, su madre me madó donarlo a la capilla, pero lo tomé para ti. Te ves preciosa _ . Le recogió el cabello y lo ató con una cinta de seda color rojo, un rojo que hacía un extraño contraste con su palidez de estrella. _ ¡Carmela! _dijo Sara...tengo frío _ ¿tienes frío princesa? _le dijo? _ven siéntate a quí sobre mis piernas, te abrazaré y el frío se irá.

Carmela la colocó sobre su regazo y como si fuera su madre, la besó en la frente y quedamente le dijo _duerme pequeña, como una princesa vestida de blanco, de pureza. Vestida de inocencia y de amor de Dios. DUERME HIJA DEL PUEBLO; pero no del pueblo de terratenientes adinerados. No del pueblo de mansiones blancas y damas encopetadas, sino del pueblo representado en criadas que como yo, te han dado un pedazo de pan, un vaso de leche o un vestido de los que sobran en las mansiones de los "pobres ricos" que no tendrán como tú, la dicha de vivir en el verdadero paraíso, lejos de la miseria de los indolentes. Duerme querida Sara.

Publicado bajo licencia [Creative Commons BY-NC-ND](#)

Enlace original del relato: [ir al relato](#)

Otros relatos del mismo autor: [Ámbar](#)

Más relatos de la categoría: [Drama](#)

Muchos más relatos en: [cortorelatos.com](#)